

CLAUDIO HERNÁNDEZ

A hand reaches up from a field of tall grass under a stormy night sky with lightning and a house in the background.

EL QUE VIENE POR  
**DETRÁS**

# El que viene por detrás

Claudio Hernández

Primera edición eBook: septiembre, 2019.

Título: El que viene por detrás

© 2019 Claudio Hernández

© 2019 Higinia María

© 2019 Diseño de cubierta: Sean Lowery

SafeCreative

Código de registro: 1908171715831

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

*¿Cuántos libros llevo escritos ya? ¿Y a quién se lo dedico? Este libro se lo dedico una vez más, a mi esposa Mary, quien aguanta cada día niñeces como esta. Y espero que nunca deje de hacerlo. Esta vez me he embarcado en otra aventura que empecé en mi niñez y que, con tesón y apoyo, he terminado. Otro sueño hecho realidad. Ella dice que, a veces, brillo... A veces... Incluso a mí me da miedo... También se lo dedico a mi familia y especialmente a mi padre; Ángel... Ayúdame en este pantanoso terreno...*

# El que viene por detrás

1

El señor Mansters era el que había alquilado la casa de la colina. Esa casa que destellaba en el momento en el cual, el astro rey se convertía en una gigantesca nube roja sobre las montañas rocosas y se restregaba en sus puntiagudas esquinas. Algo así como un cuadro bizarro lleno de sangre que flota sobre un charco uniforme. Entonces, aquellas diminutas ventanas brillaban. Una luz débil, como la de una vela en medio de una ráfaga de viento. Sin embargo, las sombras que parecían arrastrarse colina abajo eran el fiel reflejo de unos espantosos monstruos tan altos como los árboles que la bordeaban; con los brazos extendidos y los dedos apuntando a todas las direcciones como un desgarrado guante lleno de cuchillas. Por la noche ya nadie miraba hacia arriba, nada de levantar los ceños, y el crujido que producían las vértebras de los cuellos se amortiguaban con el silencio, pero todos sabían una cosa.

Aquel tipo era muy extraño.

Y la casa, bueno, en la gótica mansión, existía sobre ella una leyenda urbana.

Que fuera verdad o no, parecía depender solo de los periodistas y escritores.

Los pueblerinos solo se permitían mantenerse al margen, en silencio y con los labios sellados como una cremallera firmemente cerrada.

Sin embargo, sus corazones sacudían sus sienes como bombas de agua.

Mansters. ¿No era el tipo de una novela de un escritor al que todo el

mundo conocía después de pasar inadvertido?

Puede que sí.

Pero... lo que planteaba verdadero miedo era lo que había debajo del trigo... sí, debajo...

Lo que había debajo de la tierra y más allá de las raíces del trigo.

Mucho más abajo.

## 2

—¿Y eso todo, papá? —Los ojos de Stevie se movían como canicas en unas cuencas demasiado grandes, como si de dos cuencos se tratara. Su boca al terminar la pregunta se convirtió en un O mayúscula, nada sorprendido la verdad, pero sí bastante desconcertado. No pestañeó.

Jeffrey, su padre, lo miró desde lo alto de sus hombros, sentado sobre el borde de la cama que parecía ceder como el barro; hundiéndose poco a poco hasta el infinito.

—Bueno, la historia acaba así. Aquel tipo le prendió fuego a todo el pueblo, junto a ese niño. Eso es todo. ¿No te gusta el final?

Stevie movió la cabeza en sentido de noyes y sus ojos parecieron estar sujetos por unos débiles muelles.

—Y si ese hombre de colmillos largos con esa capa tan larga como dices, ¿se hubiera escapado? No dices nada de él. Ni de ese hombre de la casa de la colina. Entonces perecieron todos porque habían sido mordidos, ¿verdad?

Su padre no contestó tan rápido como hubiera deseado.

Se estaba deslizando desde el borde de la cama al suelo, y el ángulo de visión se estrechaba cada vez más, dejando de ver el cogote rubio de su hijo.

—Es verdad. También podría haber sucedido eso, pero te aseguro que

el vampiro murió entre las llamas. Todos perecieron sí. Eso es lo que dice la novela.

—¡Buaj! Que mala que es —exclamó el crío moviendo su mano derecha. Parecía un péndulo rasgando el aire—. Ese no es un final guay papá.

—Bueno, él lo vio así. Es un fin que prefirió aceptar. Yo puedo crear otro fin y tú mismo, pequeñajo... —Acercó su gran manaza al cabello de Stevie y se lo frotó enérgicamente al tiempo que sonreía—, puedes crear otro final...

—¡Sí, claro! El vampiro se quemó, pero una niña se escapó. Estaba infectada y con su osito de peluche se fue por la parte de atrás del pueblo hacia un destino que la llevaría a caminar entre la nieve, sola, en el invierno más jodido de los últimos veinte años —le cortó Stevie con un brillo inusual en sus ojos. Parecían malévolos.

—Has dicho una palabrota —acució Jeffrey al tiempo que retiraba su mano y se recogía hacia su pecho—. Has dicho jodido.

El crío empezó a mirarle con una sonrisa burlona tallada en su rostro, pero que sin embargo, empezaba por sus secos labios hasta estirarse hacia arriba como un plástico. Ahora sí que parecía un niño perverso.

—Acabas de decirlo tú también. —El dedo del pequeño Stevie, de tan solo ocho años de edad, le dibujó la silueta de su padre como una sombra estampada contra una pared. Después, vinieron la carcajada y el cogotazo contra el respaldo de la cama.

Fuera, un perro ladró, un gato se encontraba desperezando largamente y una rata emergió de una alcantarilla bajo la atenta mirada de un luna llena. Solo faltaba el hombre lobo, y el viento azotando las esquinas de aquellas espaciosas casas con jardín.

Jeffrey se abalanzó hacia su hijo escupiendo algo de su boca; cariñoso, y lo abrazó como si lo tapara con una gran toalla tras darse un baño. Sintió el calor de él y Stevie se reconfortó también.

A los dos minutos se habían olvidado de la leyenda urbana, del vampiro y el señor de negro. Ahora habían dado vida a una solitaria niña que

te atrapaba desde dentro de la nieve amontonada.

Te atrapaba.

Porque era invierno, muy cerca del momento de escuchar los pasos de Papá Noel y la caída alborotada por el hueco de la chimenea.

Diciembre.

Pero el fuego podía arder incluso en esa época del año.

### 3

La mano emergió de la manta de trigo con los dedos retorcidos y estrangulados. Era casi purpúrea y tenía las uñas largas. Tan grisáceas como las nubes que la contemplaban desde lo alto. La nieve caía alborotada, pero en ese círculo, sí, en ese jodido círculo, los copos blancos y extraños no cuajaban. Impactaban y algo las convertía en vapor bajo un ruido sutil. Como el sonido de un mosquito a diez metros.

Y Jeffrey sabía que aquello no era normal, pues el resto de la plantación, estaba cubierta de la delgada capa de nieve. El viento sacudía las espigas y el polvo blanco, pétreo a la vez, caía al suelo como si un perro se sacudiera el agua de su pelaje.

Pero nunca vio la mano.

### 4

La cosa era sencilla. Soñaba con un crío que arañaba los cristales de su ventana mientras parecía suspendido de una cuerda oculta detrás de la niebla y después, se despertaba sudoroso y con los ojos tan abiertos como los platos que reposaban en la cocina.



De hecho, esa noche sucedió otra vez.

Y recordó a la niña que caminaba sola entre la nieve. Su oscura silueta y el pelo recogido en una cola de caballo que nunca se recubría de copos de nieve. Eso no. Pero sus ojos no eran rojos, sino que eran oscuros y aún así, se podían ver entre el brillo del manto blanco.

—Papá. Ha vuelto otra vez. Ese niño está ahí. —Señaló con el dedo índice totalmente rígido y añadió—. En la ventana.

Pero hablaba solo y su voz casi ronca y rasgada como un jadeo, era absorbida por la oscuridad de la noche en la que la luna estaba ocupada detrás de las nubes.

*Pero ¿de verdad había sido un sueño?*

Cuando sus ojos volvieron a enfocar los cristales de la ventana vio algo escrito en la húmeda superficie que recibía los impactos de los copos de nieve como si fueran perdigones.

Blood.

—Sangre —musitó de nuevo solo ante la penumbra.

El viento comenzó a llorar en la esquina de la casa arropándola con un llanto espectral para incrementar la presencia de un secreto.

*Hijo, el hombre le prendió fuego a todos...*

Las palabras de su padre del anterior día resonaron en su cabeza como tambores de guerra.

*Los había quemado a todos...*

Stevie se ocultó bajo la sábana cuyas manos apretaban con fuerza un mar de arrugas que tampoco brillaban en la inmensa habitación.

Y se quedó rumiando hasta que el sueño lo arrebató en un impulso que uno nunca puede captar; el momento en que se cae en el profundo sueño.

5

No. No había ni uno.

Los pájaros no estaban acurrucados en el alféizar de la ventana, con sus alas replegadas como un cabello lleno de gomina. No se escuchaba el piar de ninguno. Ni un solo pio; ni siquiera el cloqueo de la gallina del establo o del jodido corral. Ni el jodido gallo había cantado esa mañana.

En su lugar solo reinaba el silencio... y... los charcos de sangre convergiendo en las capas más bajas de la nieve amontonada.

6

Miró el jodido jardín, la explanada, el campo de trigo y la nieve, y como no, el establo. Aquellos ojos brillaban en mitad de un mediodía nublado en donde los copos de nieve formaban y dibujaban señales en el aire, como si danzasen de alguna manera; orquestadas por la música del viento.

Aquello se agachó y el trigo se quejó con ruido seco. No. Allí no caía la nieve. Era como si una especie de cúpula de cristal les protegiera. ¿Les protegiera? ¿Al trigo o a ellos?

Solo se había movido algo.

Porque era solo él.

El que va detrás de él.

7

Jeffrey reavivó la llama y la lengua de fuego casi le raspó la cara. Se apartó de inmediato y miles de bolitas enrojecidas surcaron por el aire y revolotearon como los copos de nieve de fuera. Todas aquellas casas con jardín humeaban como trenes esperando partir su marcha, y en el centro, la casa con establo inquietaba, o mejor dicho, desfiguraba la belleza de la calle que además, estaba situada en una cuesta abajo.

Y el trigo que era parte de todos ellos, estaba en el frente con esa aura de misterio que formaba parte de la curiosidad y en parte, enfermiza sensación de incomprensión de todos los vecinos. No. No había discusiones entre ellos. Solo que conjeturaban miles de hipótesis sobre aquel círculo que no estaba cubierto de nieve y el motivo del porqué se había alzado el trigo fuera de temporada. Pero al final callaban.

Ni tampoco comprendían por qué había trigo debajo de la zona cubierta por la nieve. Blanca y casi esponjosa ya que allí no se podían hacer muñecos con una zanahoria emulando una nariz.

—¿Stevie, ya estás despierto? —preguntó papá volviendo la cabeza como si ésta fuera de goma. Sus ojos estaban literalmente ardiendo y casi abyectos por culpa de las lenguas del fuego de la chimenea.

—No tengo más sueño —respondió el pequeño Steve, porque ese era su nombre real, al tiempo que con un nudillo se hundía un ojo. Stevie era el nombre más avieso y cariñoso para dirigirse a él.

—Muy bien, pues entonces tendrás que desayunar —explicó su padre al tiempo que se apoyaba en sus rodillas. Tenía intención de ponerse de pie cuando Stevie le alcanzó y se acomodó en su regazo.

—Solo quiero leche papá.

—Vale, solo leche. ¿No quieres una galleta?

—No.

—Solo una.

—Es que no tengo hambre —insistió el pequeño ladeando la cabeza

hacia arriba. Sus ojos mostraron tres cuartas partes de la bola blanca que hay alrededor de la córnea.

La sonrisa de Jeffrey que en esos momentos sentía un poco de dolor en la espalda era patente. Una sonrisa media verdad y medio dolorosa. Como una mueca aturdida.

—Vale. El pequeño Stevie no tiene hambre esta mañana. El pequeño Stevie que se come las galletas a pares no quiere ninguna hoy. Y tampoco salchichas o maíz.

Su padre se irguió lenta y oficiosamente dejando de pie a su hijo. Se liberó de la tensión y las llamas de la chimenea querían alcanzar el final de la chimenea por donde se enroscaba solo el humo primero blanquecino, después grisáceo y, finalmente azulado. Como si hubiera explotado una bomba al final del todo.

—Ven a la cocina —ordenó con suavidad.

Los pies descalzos de Stevie no se deslizaron por el linóleo, sino que chapotearon como si lo hiciera sobre una gran cantidad de agua y después, se pegaban como ventosas con su característico ruido; chop.

Tenía las plantas de los pies sudadas como la frente de un enfermo de gripe.

Sin embargo, los zapatos de su padre repicaron en el suelo como el marco de una puerta tras golpearse contra ella. Y era infinitamente parecido a escuchar los pasos de un caballo dentro de casa, y porque no, a dos trozos de coco entrechocando entre sí.

Con todo eso, y con el crepitar de la leña y el fuego a sus espaldas que se iba amortiguando con la distancia, llegaron a la cocina que ya olía a pan tostado.

Papá ya había preparado algo antes con crema de cacahuete y no se lo había dicho.

—Crema de cacahuete si me apetece papá —sonrió el crío.

Jeffrey le pasó la mano por el cabello y bordeó la mesa de nogal.

Siempre había dicho que era de Nogal, pero seguro que Tom, el de la esquina, le había vendido una mesa hecha con Fresno. Pero eso, no importaba ahora en absoluto.

—Antes solo querías leche. Te ofrecí unas galletas y no querías, y ahora ¿quieres cacahuete?

—Crema de cacahuete en el pan tostado —le corrigió Stevie mordiéndose al final el labio superior y poniendo cara de sabio.

Papá alargó el brazo y sacó un plato de la parte superior del fregadero. El plato tan blanco como lo que había fuera y tan circular como ese misterio, viajó como un péndulo desde el «secaplato» como lo solía llamar Stevie, hasta la mesa. Cogió dos rebanadas de pan con crema de cacahuete untado de forma pulcra, y los colocó en el centro del mismo empujándolo hacia el borde de la mesa, la cual ya había alcanzado el crío apoyándose con sus menudas manos en el canto.

Su lengua acariciaba con saliva sus labios y los ojos parecieron quiere salirseles de las órbitas dado que los había abierto demasiado.

—Perfecto. Pan tostado con crema de cacahuete —acució papá mientras la punta de su lengua sonaba de su boca como la de un lagarto descansando en una cantera en pleno verano.

Stevie cogió una rebanada y se la llevó a su boca que mostraba todos los dientes tan blancos como lo que golpeaba las ventanas, pero se detuvo un momento para decir algo antes de darle un mordisco.

—Y los quemó a todos, ¿verdad?

Jeffrey enarcó las cejas con un aspecto ceñudo y las facciones de su cara como una cera derretida.

—Es una leyenda urbana hijo. No te obsesiones. ¿Por qué lo preguntas otra vez? Además, también es solo una novela.

—Anoche un niño estaba suspendido en el aire frente a mi ventana y tenía los ojos muy extraños. No eran ni oscuros ni brillantes. Era como si perdieran chispa. Como los de las cerillas al apagarse.

Jeffrey sintió como algo galopaba bajo su pecho.

Y pensó que desde que su mujer les había abandonado por decisión divina, el pequeño sufría traumas serios. ¿Divina?

Era la tercera vez que hablaban de ello.

8

En 1968 no es que la naturaleza se revelara, pero en ese invierno parecía que estaba nevando demasiado. Quizá solo era una impresión. Quizá nevaba algo más o igual que los anteriores años. En cualquiera de los casos sí que hacía más frío y todas las chimeneas de Boad Hill, que entonces tenía cerca de 5.000 habitantes, soplaban con fuerza hacia las nubes para comprobar si el humo azulado las alcanzaba. Pero en la pedanía, cerca del camino viejo como lo solían llamar, persistía ese círculo despejado del color blanco y quién sabe, porque nadie se había atrevido a adentrarse en la zona, quizá hiciese hasta calor.

Un somorgujo se acercó lentamente, el único, hacia la zona delimitada por el blanco y negro y sintió como algo se movía bajo sus patas.

Aleteó y eso fue todo.

Nadie supo nada de lo sucedido.

Ni de la desaparición del somorgujo, «somormujo».

9

Dos días después, la nieve había dejado de cubrir los campos y los tejados de las casas, aunque aquellas amenazantes nubes voluptuosas y oscuras siguiesen sobre sus cabezas, mirándoles con ojos malévolos y rezongando como si necesitaran decir algo obsceno.

—¿Mamá está con nosotros? —preguntó el pequeño.

Jeffrey lo miró aviesamente.

—Mira, pero si ha dejado de nevar —dijo su papá alejándose de la conversación. Sus ojos se clavaron en los cristales de la ventana, donde un pájaro picoteaba la nieve que se derretía por momentos.

Stevie se cruzó de brazos con los labios arrugados como un ano. Sus ojos se hundieron y las cejas pobladas fingieron caerse sobre ellos.

—Nunca quieres hablar de mamá.

—Ella no quiere eso.

—¿Por qué? ¿Te lo ha dicho?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Todos los días.

—Eso es mentira —refunfuñó el crío plantado como una estaca frente a la chimenea que se quedaba sin materia prima—. En el colegio mi profesora dijo un día que los que se van al cielo no vuelven nunca porque están muy bien allí.

Su dedo índice señaló el techo.

Papá se hizo el remolón en el sofá volviéndole la espalda. Sus ojos se humedecieron por la presencia insensata de unas lágrimas. Se escuchaba sollozar.

—Mamá se puso enferma y Dios se la llevó en su regazo —explicó con un profundo dolor en su alma.

—Mamá simplemente desapareció. Yo no recuerdo nada de eso —masculló Stevie que ahora estaba en cuclillas delante del fuego—, y el fuego se está apagando papá.

*Oh, sí claro, yo soy el único que cambia de conversación hijo. Tú*

*eras mucho más pequeño cuando sucedió todo. No sabes nada y ahora eres un mocosito de mier... dejó de pensar porque aquella voz que resonaba en su cabeza ya no era la suya...*

—Iré a por más leña —dijo moderadamente consternado. Su voz le temblaba.

—¿Qué le pasa a tu voz?

—Nada.

Y se levantó de tal forma que su hijo no le viera los ojos enrojecidos y mucho menos aquellas lágrimas que se deslizaban por su cara de forma insinuante y lenta. No tenía barba donde ocultar aquellas gotas saladas.

Stevie se giró y lo vio de espaldas alejándose hacia la puerta de la calle. Parecía que andaba con algo de peso sobre sus hombros porque estaba casi tambaleándose y ligeramente encorvado.

—¿Papá, estás bien?

—Solo me duele el cuello —dijo. Ya no le temblaba la voz.

Ahora no.

Sin embargo, los recuerdos le nublaron la mente de nuevo y las sensaciones más naturales del ser humano florecieron tras cerrar la puerta al salir de casa.

Y lloró de nuevo.

Si el trigo era bronceo en un día nublado ante la expectación de los vecinos que miraban con ojillos de ratas detrás de las cortinas, el suelo era de un marrón oscuro. Como si alguien hubiera hecho un enorme socavón y después de todo, lo hubiera recubierto de nuevo.



Como un gigantesco corazón intranquilo, la tierra pareció tener contracciones, es decir, se movía hacia arriba y abajo. Como si respirara. Como si el bebé fuera a nacer antes de tiempo y las tripas se contrajeran y expulsaran gases antes de dar a luz.

El suelo se quebró y se hizo una grieta que rezumaba humo, quizá era la respiración de un animal que quisiera salir a flote, una comadreja, una rata gigante o un topo donde no los haya. El caso es que aquel vaho se elevaba en el aire enroscándose como el humo de un cigarrillo, pero con menos fuerza. Y algo brilló en la herida.

Eran dos ojos refulgentes.

Una semana después la nieve abundaba en todos los recónditos lugares de Maine, y además se acercaba la Navidad y el día de acción de gracias había sido relegado al pasado porque se había celebrado en noviembre. Desde entonces ese lugar, es decir, esa pequeña parcela de trigo que nadie sabía quién la había plantado, ya estaba allí desde finales de octubre. No era sin duda su temporada y por ello, todos los vecinos de la calle Road Street- menudo nombre- conjeturaban todo tipo de hipótesis aunque nunca dijeran nada coherente.

La voz de la radio embriagaba el denso y pegajoso aire del salón y Stevie estaba jugando con un coche de madera o algo parecido. Su mente estaba absorta sin embargo, en otro mundo. Rumiano a sus ocho años de edad, que papá le estaba ocultando algo y que él, precisamente no eran tan pequeño como para no comprender las cosas. Estaba enojado y se le vía en las cejas, que parecían descolgadas y arrugadas cuando tenía la cabeza gacha.

Papá estaba fuera, en la calle y entre la nieve, con un hacha sujetada en ambas manos para cortar la leña. Los golpes atravesaban el cristal con un sórdido ruido de petardos. Eran golpes secos y amortiguados. Nada espectacular.

El fuego de la chimenea era más lascivo que eso.

*Mamá no se ha ido al cielo. Eso de ahí fuera no es normal. Papá está muy raro en los últimos días y el pavo de acción de gracias ya lo enviado por el retrete «la bendición de Dios por la buena cosecha del año pasado». Ahora quedan varias incógnitas por delante. Papá. El trigo. La nieve y el segundo pavo que se cocinará en Navidad dentro de una semana... oh, si, y los regalos de Papá Noel, pero si no existe joder...*

Miró las llamas amarillentas y comprobó que no eran ni azules ni rojas.

Eso le reconfortaba.

Fuera, seguía sacudiendo el aire aquellos golpes secos del hacha.

12

Y de la tierra removida emergió una mano purpúrea, al principio tiesa como un garrote, como si el dolor recorriera cada uno de esos dedos, pero después esos mismos dedos se movieron, eso sí, de manera un tanto extraña.

También hubo un ruido gutural como el de los hombres con piel hirsuta al que le crecen los dientes, las uñas y el cabello. Y como no, las orejas.

Un fogonazo iluminó Boad Hill en todo su esplendor y solo dos segundos después el cielo se rajó en dos rompiéndose en un estrepitoso bombardeo. El rayo tocó la yema del dedo índice de aquella mano que seguía moviéndose y sobresaliendo como un gusano de un agujero eterno.

Y no. No se achicharró, sino que la mano mostró su interior como una placa de radiografía y eso fue todo. No hubo más gemidos ni gritos. Los ojos parpadearon y nada más, pero se podía adivinar unas orejas un tanto puntiagudas que habían sido fotografiadas por la inquietante luz generada por

el rayo.

Aunque nadie lo vio, las ratas salieron corriendo de esa parcela, ausentes de la nieve y ahora, de los relámpagos. Sus ojillos rojos brillaban en la noche y sus grititos de niña se desbordaban por encima del trigo.

Simplemente se alejaron despavoridas.

Era como si esa cosa necesitase un mes en salir de allí abajo. De su tumba o escondite. Y docenas de ojillos detrás de las ventanas de cada casa, vislumbraban solo el movimiento del trigo, anormal y atópico, pero nadie hablaba de ello en adelante.

Nadie.

Solo un perro aquejado de una pata se confió la hazaña de olisquear aquel siniestro lugar y bello a la vez.

Nunca supieron nada más de él.

## 13

En alguna parte debía brillar el sol en todo su esplendor, pero en Boad Hill ni la luna estaba presente. Es una descripción básica en muchos libros, pero el caso es que fue así. Las nubes dejaron de generar espantosos relámpagos y los rayos cesaron para dejar paso a un viento desahogado y emergente. Si salías a la calle más vale que te echaras piedras en los bolsillos porque si no salías volando. Los cristales de las ventanas se blandían por su fuerza.

—El aire está entrando por la chimenea papá —advirtió Stevie, sentado en el suelo con las rodillas apuntando a ambos lados de la pared. Podía sentir el intenso calor en los huevos y el rostro, pero eso a él, le daba igual. No así algunas cosas que seguían sin aclararse.

—Este año el invierno es cruel con nosotros —murmuró su padre mientras estaba tratando de leer una novela donde un hombre se vuelve loco, nada más entrar a trabajar en un hotel plantado donde cristo perdió las

esparteñas. Los americanos decían sandalias, sí, eso era más universal.

Y más en Maine.

El acento sureño.

—¿Cruel?

—¿No has estudiado lenguaje Stevie?

De espaldas a su padre dijo:

—Sí, claro. Cruel significa algo malo. Por ejemplo una persona puede ser cruel. La vida puede ser cruel... —se prestó dubitativo un momento y añadió—. Para mamá todo fue cruel.

Jeffrey dejó de mirar las hojas del libro. Le pareció que las letras se habían descolgado de las páginas y todo se había vuelto blanco. Allí faltaba algo.

—Sí. Sí que lo fue, pero no hablemos de eso hijo. Últimamente estás muy sensible con este tema. ¿Desde cuándo echas de menos a tu madre? ¿Desde qué tienes pesadillas?

Su voz parecía una sirena ululante por el progresivo aumento de volumen.

Stevie cerró los ojos con fuerza y dejó que las llamas, ahora algo rojas, siguieran despidiendo el excesivo calor hacia su rostro que empezaba a sudar.

—No son las pesadillas. Hay algo más papá.

Y no dijo nada más. Se apoyó en el suelo con los codos y respiró profundamente. En el techo, en una esquina vio una araña tejiendo su nido. Era de las grandes. Tan oscura como el ataúd que contenía el cadáver de su madre Christine. Tan blanca y tan frágil, que parecía que se iba a caer a pedazos. Él la había visto por una especie de mirilla formada entre la multitud. No parecía su mamá.

Y quizá no lo era.

Recelaba de un secreto bien guardado entre todos los habitantes de

Boad Hill, y quizá, pensó de nuevo, no estaría equivocado.

Seguro que no.

—¿Algo más? ¿Qué quieres decir? —Esa declaración de su hijo le había despertado una cierta curiosidad angustiosa. Su corazón empezó a latirle más deprisa. Pronto lo sentiría botar entre sus sienes, de un lado para otro.

—No soy tonto. Aquella mujer no era mi madre papá.

De pronto reinó un silencio ominoso como una losa laxa sobre sus cabezas.

El fuego seguía danzando de alegría y formaba extrañas lenguas que querían lamer todo a su paso, pero no podían salir del hueco de la chimenea.

La nieve golpeaba el cristal del salón con fuerza. Estaba nevando copiosamente. Tanto que de seguir así en un par de horas habría casi medio metro de nieve, quizá más, bordeando las casas como trincheras de una guerra silenciosa.

—¿Qué? ¿Estás delirando hijo? Por qué dices esa tontería...

—Nunca me dijiste la verdad papá y ahora recuerdo cosas. —Stevie seguro de lo que decía giró medio cuerpo retorciendo el cuello como si fuera de goma y amplió su catálogo de palabras—. No sé si está enterrada o si alguien se la llevó.

Ahora el corazón de su padre se había subido sobre la nuez de Adán. Era como si algo extraño quisiera salirse de la garganta. Algo amorfo.

—Mamá se fue de la mano del señor —balbuceó y Stevie alzando la voz casi le arranca las palabras de su aliento.

—Yo no creo en Dios. Él no se llevaría a mamá y me dejaría huérfano. Dios es más bueno. A mamá se la llevó alguien malvado, ¿verdad?

Un nudo estranguló la garganta de Jeffrey.

No respondió.

*¡Vaya Steve! Te has quedado sin respuesta otra vez, pero eso, el que viene por detrás de él está ahí fuera, oh, sí, jajaja... está ahí fuera y el círculo de trigo sigue en pie como si fuera verano. Es como si el sol solo saliera en esa parte de la parcela, ¿verdad? Steve, estás tocando un tema muy delicado. Tu padre guarda un secreto. Tus vecinos guardan un secreto. Todos guardan un secreto.*

Y Stevie que quiso pensar en alto siguió rumiando.

14

Pero aquello, lo que fuera, se apoyó en sus esponjosas manos para salir de aquel agujero. La tierra húmeda se hizo a un lado como una montaña de azúcar. El olor a ácido y hediondo embriagó el círculo. Seguía nevando, pero no en esa zona y aquellos ojos abyectos con las venas inyectadas desde las mismas retinas con un torrente de sangre oscuro, casi negruzco; se fijaron en las primeras casas.

El trigo se hizo a un lado cuan ejército de hombres diminutos parecían y el resto del cuerpo hasta la cintura sobresalió del rellano. Emitió un gruñido y eso fue todo.

Como si esperara algo, se quedó apoyado en sus huesudos brazos. Uno de los huesos había rasgado el traje oscuro que vestía y hasta se podía ver por encima de la gabardina con alerones en el cuello que parecían ser las aspas de un helicóptero. Su rostro fue iluminado por un único y fugaz relámpago que tosió en alguna parte del pueblo.

Muy lejos de allí.

Bastante.

15

Sí.

Era de noche y la nieve caía de forma desaforada, casi con angustia, sobre Boad Hill como si no hubiera un mañana. Nadie en sus casas hablaba de ello. El bar de Tommy estaba vacío y los cuatro viejos de siempre estaban en cama por un jodido resfriado. El hombre fregaba el mostrador con una mugrienta servilleta y no paraba de rezongar solo.

El silencio era sepulcral en todas las calles, y solo los gatos se atrevían a desgañitarse para llamar a las hembras en una copulación natural.

Pero nada más.

Esa noche Steve tuvo un sueño, bueno, una visión.

Mientras los copos de nieve azotaban el cristal de su ventana y formaba extrañas figuras aberrantes algunas veces e impactantes, otras, algo le llamó la atención más que eso.

Abrió los ojos de forma repentina y lo vio con asombro y estupefacción.

El señor John estaba clavado en el techo de la habitación, con la panza colgando como una gran bolsa de agua. Tenía las manos extendidas y sus dedos arañaban el aire como si lo hiciera de forma lentificada. Era como ver a su vecino muerto hace un mes, suspendido por un solo cable. Las piernas regordetas extrañamente se mantenían en línea recta. Quizá lo estuvieran sujetando también por esa zona con unas cuerdas invisibles, pero Steve pensó por un momento; sí, pensó: que John no estaba ahí en realidad.

Sin embargo, aquellos ojos le devolvieron a la realidad cuando su corazón se desbocó como un caballo asustado. Sentía las palpitaciones en las sienes y comenzó a sudar mientras se le helaba la cara.

—Se... ñor... —y no le salían las palabras.

¿Acaso estaría teniendo una pesadilla?

No.

Las manos de Stevie se aferraron a las sábanas arrugándolas en ambos puños, llevándose uno de ellos a la boca para cerciorarse de no decir nada. Sus ojos respondían a los ecos de cada latido de su corazón. Sintió deseos de orinar y notó algo húmedo en la pilila.

—Ven Stevie —dijo el señor John suspendido en el aire. Alrededor suyo se había formado una neblina caprichosa en sus formas. Su cuerpo se estaba ocultando en ella, pero no aquellos ojos amarillentos.

El pequeño no contestó. Al menos de inmediato. El terror lo había atrofiado desde el cuello para abajo, o quizá desde los ojos, ya que ni siquiera bizqueaba.

El gordo de su vecino parecía que estaba nadando en el aire y supuso que hasta las arañas se había escapado de la habitación. Aquello no era un maldito sueño porque ahora tenía entumecida la cara y le costaba respirar. Por alguna extraña razón sabía que no lo era. Que John era realidad y que estaba de alguna manera colgando del techo.

Entonces empezó a descender lentamente, como un ataúd al foso. Y sus manos removían el aire como palas, algo así como le estaba sucediendo a Stevie que quería chillar pero no podía. El sistema nervioso se había paralizado e incluso los pensamientos. Y descendía más y más, mientras el corazón del pequeño ya saltaba de un brinco hacia la punta de su lengua.

Y descendía más y más.

Hasta que su cara, esa horrible masa de grasa purpúrea rozaba la piel pálida ahora, de Steve, el pequeño Stevie. Abrió la boca y de aquel gordo salió un aliento mohoso y hediondo. Algo superior a sus fuerzas. Sintió ganas de vomitarle en sus ojos, en sus labios, pero sabía que el regurgito volvería hacia él y encima con alguna bacteria.

—No... no pue... de ser —tartajeó el crío. Trataba de ocultarse tras la sábana, pero no pudo.

—El amo quiere a tu padre. El de la colina. Ya sabes.

—¿Qué?

Y tan pronto como había puesto voz trémula, John desapareció del todo



no sin antes hacer un espectáculo con la niebla y una disgregación gaseosa con sonido incluido.

El olor, sin embargo, se quedó atrapado en la habitación toda la noche, mientras el pequeño seguía oteando la habitación a oscuras y su corazón de dejaba de palparle en la cabeza. Hasta que la luz apareció en su ventana. Una vaga luz del sol que permanecía oculto detrás de unas nubes que no alcanzaba a ver, pero que sabía que no tenían buena pinta.

Claro que no.

## 16

Nunca nada había sido tan lento y parsimonioso como aquel ser. Aquel hombre. Aquel vam.. Ya estaba de pie y sus orejas puntiagudas quedaban ocultas tras las solapas de la gabardina húmeda y manchada. Era sangre coagulada y barro y algo más. La luz divina demostró al vecindario su rostro.

Un rostro que de momento nadie había visto para contarlo, pero los que sí lo hicieron, habían desaparecido. Un rostro que... Sus ojos perturbadores clavaron la mirada en la casa de Stevie.

Levantó el brazo y la señaló con un dedo índice arrugado y con una uña larga y retorcida como un tronco centenario.

## 17

—¿No eres demasiado grande para subirte en esa bicicleta? —inquirió su padre con ojos sorprendidos. Tenía la taza de café humeando entre sus manos.

Stevie estaba pedaleando como un condenado aquel pequeño triciclo de tres ruedas que años atrás había sido su mayor diversión. Ahora, era su escapatoria. Pedaleaba hasta jadear y sentirse cansado. No quería pensar en

nada más que en pedalear y recorrer todos los pasillos de la casa, pero no el jardín, eso no.

Aunque no hubiera un metro de nieve como la había ahora, tampoco pedalearía allí. Nunca. Pero eso era una reflexión antes de suceder todo.

—Papá, soy mayor para unas cosas, pero pequeño para otras. Sigues sin contestarme papá. —insistió dos veces con un cierto tono irónico en su voz.

Las ruedas de goma de aquel triciclo parecían arrastrarse sobre el suelo de linóleo y producía un ruido muy parecido a una rueda de coche reventada, o quizá a un Haro de hierro empujado por una mano inocente de un crío menor que él.

—Venga yaaaaa —exclamó su padre abriendo la boca como si se hubiera tragado un vaso de tubo—. No seas ridículo.

—El señor John me dijo ayer que el amo te quiere a ti.

—¡Joder!

Ahora su boca se había tragado un cubo entero.

Stevie siguió pedaleando dejando marcas en el suelo y un ruido sordo y chirriante a la vez mientras se alejaba de la cocina. Torció por el pasillo y solo se podía seguir el rastro de él por el sonido que era consistente, aunque ya se amortiguaba por momentos.

18

Se acercaba lenta y oficiosamente. Su rostro enjuto; horrible y lleno de espanto, mientras nadie miraba detrás de las cortinas de sus ventanas.

Nadie.

19

—¿Es usted el señor Jeffrey Smith?

—Sí.

Aquellos dos policías con el ataviar de mangas marrones y peto negro con una chapa broncea en ambos lados del hombro, representaban la ley y sus caras estaban alargadas por la inquietud que les devoraba por dentro. El coche patrulla mitad negro y mitad blanco estaba con el motor en marcha y sonaba como si cientos de gatos se hubieran acostado a ronronear bajo el capó.

El sheriff le enseñó una fotografía y su bigote blanco salió a relucir en la tarde más oscura del año a pesar de que los vecinos ya habían encendido las luces de Navidad.

—¿Ha visto a este niño?

Jeffrey meneó la cabeza en sentido de no.

Stevie se acercó por detrás. Se levantó del triciclo y empujándose con los dedos de sus pies dijo algo:

—Yo si lo he visto.

Su padre le dio un cogotazo que sonó como una nuez descascarillada.

—Siempre con la imaginación a flor de piel —dijo el ayudante de sheriff y se echó a reír casi a carcajadas.

—Disculpen a mi hijo, pero a veces tiene delirios —explicó Jeffrey cabeceando al mismo tiempo. Sus ojos eran inexpresivos.

—Claro, ha visto al crío y nos echamos a reír todos, ¿verdad? —ladró el sheriff de ojos más oscuros y con semblante serio—. Solo los borrachos y los críos dicen la verdad.

El sheriff clavó su mirada en los ojos de Stevie y continuó:

—¿Dónde lo has visto niño?

El ayudante tosió un poco dándose la vuelta sobre sus talones.

—En la ventana —respondió Stevie. Su dedo índice señalaba al cielo —. Flotaba.

Hubo un rato de silencio absurdo o quizá, premeditado. Después, se echaron a reír todos, menos Stevie.

—Cosas de críos —acució Jeffrey mesándole el cabello con una mano. Sus labios parecían de chicle pero se estrecharon como una cremallera cerrada después de todo.

—Y tenía los ojos muy amarillos —añadió el pequeño con los ojos bien abiertos. A él no se le escapaba ninguna sonrisa, sino que se puso pálido al recordarlo.

—Bueno, disculpe señor Jeffrey. Tenemos que seguir trabajando. Ha sido un placer. —Y se sacó el sombrero de fieltro de una cabeza casi calva. La nieve golpeó su cráneo con furia y en menos de dos segundos ya tenía la azotea cubierta de blanco.

Jeffrey levantó la mano para saludar y mostró su mejor perfil; la sonrisa forzada.

Ellos se alejaron y unos segundos más tarde cuando la puerta golpeaba el marco con fuerza, se escuchó la misma pregunta en la casa del vecino que estaba a cierta distancia.

Entre cada casa podía haber hasta cinco metros de separación.

Y Stevie frunció el ceño, se subió al triciclo de nuevo y comenzó a pedalear mientras esta vez, las ruedas hacían un ruido muy extraño. Como las ruedas que soportan un ataúd en el interior de la iglesia.

Papá sintió como dos nudos le ahogaban desde dentro. Uno en el estómago y el segundo en la garganta.

Al caer el sol y estrellarse en alguna parte detrás de las montañas por encima de las grisáceas nubes voluptuosas, la luna ocupó su lugar dándole a Boad Hill un aspecto tétrico y fantasmal. Y aquel, el que iba por detrás, después de estar tan tieso como un moco en un palo, decidió echar a andar de nuevo como si la vida no le fuera con él.

Porque estaba muerto.

Y sediento de sangre.

## 21

Jeffrey se quejó de su cuello y se lo restregó con fuerza con ambas manos. El dolor no mitigaba y su aspecto era casi demacrado a una noche de Navidad. De la cena. Del día de Santa Claus; Papá Noel. Verde o rojo. Ahora le importaba una mierda todo eso porque Stevie se había vuelto agresivo y no paraba de hacerle preguntas sobre su esposa.

*¿Mamá está muerta? ¿Seguro que está dentro del ataúd? ¿Dios es tan buen como dice el reverendo ese tísico de Donald? ¿De verdad se la llevó en brazos? ¿No fue un vampiro?*

—Steve. No digas eso. ¿Acaso crees en los vampiros? ¿Que tontería es esa?

El fuego alcanzaba el borde de la chimenea y uno podía asarse el culo si se acercaba solo un poco. Stevie estaba tumbado en el suelo, sobre una alfombra, al lado del árbol de navidad que parpadeaba como las luciérnagas en una noche de verano.

—¡¡¡Papá!! Lo he visto en la tele —gritó el pequeño. Sus ojos parecían dos bolas de billar dentro de sus pequeñas cuencas.

—Pero no tienes que creerte todo lo que ves.

—¿Entonces ese niño cuyo nombre no me importa, por qué estaba delante de mi ventana?

Su padre miró hacia el techo y vio la araña de los días anteriores. Ya había tejido su nido pulcramente.

—Mañana es fiesta, pero el lunes te llevaré al médico.

—¡¡¡No!!! Eso no. —Los puños de Stevie estaban golpeando el suelo y solo se podía percibir un ruido carnoso.

—Si no paras de decir tonterías, lo haré.

—Entonces, ¿por qué todo el mundo calla cuando se pregunta por la leyenda urbana? ¿Por qué todos silencian la existencia de ese puto círculo de trigo que no tiene nieve?

—Hijo, no digas más palabrotas —vociferó su padre. Estaba sentado en el sofá, pero en ese momento había saltado como un resorte.

—¡Me da igual! —y entonces se calló de repente.

Solo se escuchó el quejido de las llamas y el dolor de leña quemada.

—Bien. Por fin te has callado —dijo Jeffrey aliviado, pero vio a su hijo señalándole y temblando, a lo cual añadió—. ¿Qué sucede?

—Tie... nes algo sobre tus hombros —atinó a decir el pequeño. Ahora sus ojos sobresalían casi un milímetro de sus cuencas. Eso era posible según la ciencia. El nervio óptico se desplaza cuando sufre un espasmo ocular.

Jeffrey se tocó los hombros sin notar nada, excepto el dolor.

—No tengo nada hijo. Solo me duele un poco el cuello. A decir verdad llevo así varios días. Será la jodida gripe.

Pero Stevie no contestó de inmediato.

Fuera el viento empezó a llover de nuevo en las esquinas y el llanto era bastante elevado, muy por encima de la nieve y la lluvia mezcladas.

Stevie al fin dijo:

—Papá, tu jersey está arrugado. Como si algo te agarrara de ahí. No sé

cómo explicarlo. Como si tuvieras algo en lo alto...

—Arrugas Steve. Solo son arrugas —sonrió su padre atajándole, y en ese momento dos nudillos aporrearon la puerta. Era sonidos secos, como si una rama de un árbol del reino de la fantasía hubiera pedido entrar.

Jeffrey giró el cuello y por la forma en que lo hizo pareció tener rodamientos o engranajes allá dentro. Sus vertebras no crujieron esta vez contra todo pronóstico, pero su piel palideció al ritmo que su corazón se aceleró como una motosierra.

—Papá. Alguien está llamando.

—Lo sé hijo, lo sé.

—¿Será mamá?

—¿Qué?

22

Y el círculo se cubrió de una fina capa blanca donde las ratas dejaron de masticar trigo. El espanto y el miedo hicieron que salieran corriendo de allí por enésima vez. Pero eran astutas y regresaban todas juntas cuando sabían que no había peligro alguno.

Y regresaron a comer trigo.

Y la nieve los cubrió por primera vez junto al resto del trigo que se doblaba por el peso de la misma.

Y él.

Él estaba detrás de la puerta esperando con el faldón de la gabardina lamiendo el hielo del suelo.

23

Jeffrey abrió la puerta y deseó con todas sus fuerzas no haberlo hecho. Otra vez no. Porque esta vez solo eran dos. Él y su hijo. Ya sucedió con su esposa, y ahora se volvería a repetir lo mismo. Stevie seguía tirado en el suelo sobre la alfombra, de modo que no pudo ver el color morado de la cara de aquel hombre con ojos abyectos y oscuros.

—Amo —dijo Jeffrey casi en un susurro, pero Stevie logró de alguna manera escucharlo y se irguió no con avidez, pero lento y seguro—. ¿Has regresado otra vez amo? ¿A quién quieres esta vez?

—¿Papá?

Stevie se estaba poniendo de pie.

—A ti Jeffrey. A ti. Después, los últimos serán ellos. Los más pequeños. —Jeffrey casi se relajó, pero de nuevo se puso tenso y tiritando de miedo; cual espanto cruzaba su materia gris.

Aquel ser deforme con una boca que aparecía abierta y con dos hileras de dientes de oreja a oreja, extendió su larga mano de dedos casi cadavéricos.

—No puede ser ahora.

—Sí. Es mi deseo.

—No puede ser ahhhh...

Y el lloriqueo alertó a Stevie quien se quedó paralizado observando a aquel monstruo de piel hirsuta, bien ataviado, pero con una cara horrible, desfigurada y deforme. Su corazón estaba helado y apenas podía sentir sus propios latidos. El miedo le obligó a orinarse encima una vez más.

—Papá. ¿Ese hombre se llevó a mamá? ¿Es el amo de la colina? ¿De esa casa gótica que tanto ocultabas? ¿Es este el secreto? Te dije que mamá no era la mujer de aquel ataúd. Te lo dijeeee...

Su padre se giró por última vez y sus ojos estaban hinchados. Aquel hombre-monstruo, tenía unos largos colmillos tan secos como los de un elefante en el cementerio. Y las orejas negras y alargadas, pero las solapas le cubrían casi por entero la cabeza. Tenía el cabello húmedo, deslavazado y



pringoso como si además de tierra hubiera sangre seca. Mucha sangre.

—Todo es verdad hijo. Menos lo de la niña sola en medio de la nieve.  
—La voz de Jeffrey era trémula.

—Sígueme —ordenó una voz atronadora y grave.

—Cúidate Stevie —Y levantó su blancuzca mano en un intento de despedirse. Al menos, pensó, no se llevaba por el momento, a su pequeño Stevie.

El pequeño hizo pucheros y apretó el puño estirado hincándose una de las uñas en la palma de la mano. Sintió más dolor en el corazón que en la propia herida. La sangre salpicó el suelo. Solo una extenuante gota casi insignificante, pero que quedó grabada como un sello. Y los vio partir horadando la nieve hasta casi desaparecer del todo, pero antes la vio.

Esa niña estaba en lo alto de los hombros de papá. Sonriéndole y mirándole con una profundidad en sus ojos como dos pozos sin fin.

Al fin y al cabo era la niña de la nieve.

FIN

# Nota del autor

Esta es una novela corta de ficción y el autor no acepta ningún tipo de maltrato a ningún niño sea como un pescozón o palabras que puedan afectar a su psicología. Esta es una obra de ficción inspirada en varios relatos que se me quedaron grabados a fuego en mi filtro neurótico. El perro que aparece en una de las escenas, no se sabe a dónde se fue, si piensas en lo peor, no acepto maltrato animal ni a las ratas, ni a los somorgujos.

# Biografía de Claudio

Crecí y empecé a escribir influenciado por el maestro del terror y el drama, Stephen King. Soy el autor de la biografía de su primera etapa como escritor. Además, he escrito una antología basada en la caja que encontró la cual pertenecía a su padre que era también escritor. Ahora escribo antologías y novelas de terror, suspense y thrillers. Ya he publicado "Los inicios de Stephen King", "La caja de Stephen King", "La historia de Tom", la saga de zombis "Infectados", "Miedo en la medianoche", "Toda la vida a tu lado", "Arnie", "Cementerio de Camiones", "Siete libros, Siete pecados", "El hombre que caminaba solo", "La casa de Bonmati", "El vigilante del Castillo", "El Sanatorio de Murcia", "El maldito callejón de Inglés", "El frío invierno", "Otoño lluvioso", "La primavera de Ann", "Muerte en invierno", "El juego de Azarus", "Pido perdón", "Ojos que no se abren", "Una sombra sobre Madrid", "Crímenes en verano", "Mi lienzo es tu muerte", "Mi odio", "Confidencias de un Dios", "Solemn la hora", "El asesino del año Boreal" y "Tú morirás". Pero no serán las únicas que pretendo publicar. Hay más. Mucho más.